

Relato corto del Libro: Los Objetos nos llaman  
Autor: Juan José Millás

## **CADA INDIVIDUO ES UN UNIVERSO**

Cuando el taxista creyó haber alcanzado el grado de confianza de crucero, afirmó que cada familia era un mundo, para añadir casi sin transición:

- Mis suegros, por ejemplo, me toleran, pero no me aceptan.
- Pues los míos me aceptan, pero no me toleran - respondí yo para confundirle un poco. Detesto este tipo de conversaciones.

El hombre se hundió en un silencio rencoroso y en el primer semáforo se bajó del coche para cambiar la bombona. Por la radio, un individuo afirmaba que la mayoría de los accidentes mortales que se producían en el interior de los automóviles, cuando iban muy llenos, se debía a que las cabezas de los pasajeros chocaban entre sí, abriéndose como sandías. Un enfermo. El taxista volvió al coche tras realizar la operación en el maletero y afirmó:

- Eso que dice usted no puede ser. Si le aceptan, ¿cómo no van a tolerarle?
- Del mismo modo que yo acepto la existencia de la penicilina, aunque no la tolero, porque soy alérgico a los antibióticos. Mis suegros son alérgicos a los yernos. Tienen tres más y aceptan a todos, pero no toleran a ninguno. Personalmente, preferiría tolerar la penicilina, aunque no la aceptara. Solamente me puedo tratar las infecciones con sulfamidas, que me dejan hecho polvo.

Comprendí que acababa de romperle al hombre una frase que quizá había repetido a todos los pasajeros que caían en sus manos. Fue una crueldad, pero la vida es dura y el pez grande se come al chico, etcétera. Llegamos al Vips de Velázquez y le pedí una factura, para hacer gasto: así aprendería a dar conversación a los clientes. Por la boca muere el pez. Asco de peces.

A los pocos días tomé un taxi en la plaza de Cataluña. Cuando empezaba a hundirme en mis cavilaciones el conductor decidió darme conversación.

- Cada familia es un mundo - dijo.
- Claro – respondí yo sin dejar de pensar en mis cosas.
- La familia de mi mujer me acepta, pero no me tolera.
- Pues la de la mía me tolera, pero no me acepta – dije mecánicamente,

por llevar la contraria.

Entonces el coche se echó a un lado, sentí un frenazo brusco y el taxista se volvió hacia a mí con expresión de triunfo. Era el mismo al que sus suegros toleraban sin aceptar.

- Le cacé – dijo -, es usted un demagogo. Siempre dice lo contrario de lo que oye por afán de discutir.
- Eso no es un verdadero demagogo – respondí – el verdadero demagogo es el que dice lo contrario de lo que piensa para engrasar las neuronas.
- Pues el otro día me dijo usted una cosa y hoy me ha dicho la contraria. O mintió entonces o ha mentado ahora.

- No tengo suegros, eso es lo que pasa. Soy soltero y lo mismo me da que acepten sin tolerarme o que me toleren sin aceptarme.

En esto llegamos a mi casa.

- ¿Vive usted aquí? – preguntó.
- Sí – dije.
- Una casa muy grande para un soltero.

No respondí a esa impertinencia, pero volví a pedirle una factura que tiré al suelo delante de sus narices, apenas me bajé del coche.

A los pocos días salía de casa con mi mujer y dio la casualidad de que en la puerta mismo había un taxi, que cogimos sin dudar, pues teníamos prisa. Al poco, escuché una voz que conocí enseguida.

- Cada familia es un mundo – dijo.

- Y cada individuo es un universo – añadió mi mujer, entrando al trapo a cien por hora.

- Mis suegros me toleran, pero no me aceptan – añadió el taxista, amenazándome con la mirada a través del retrovisor, para que no hablara.

- Con el tiempo acabarán aceptándole también – aseguró mi mujer, y se enredaron en una de esas conversaciones detestables sobre simpatías y antipatías familiares. Cuando llegamos a nuestro destino, me preguntó si quería factura y tuve que decirle que no, claro, para no dar explicaciones a mi esposa. Ahora llevo varios días buscándole por todas las paradas, para vengarme, pero parece que se lo ha tragado la tierra.